

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

Editorial	3
Thomas Söding   <b>La profecía de la vejez. Una promesa en el Nuevo Testamento.</b>	6
Bernard Schumacher   <b>Recibir la ancianidad</b>	17
André Vingt-Trois   <b>Un momento de verdad.</b>	27
Ysabel de Andia   <b>Meditación sobre la pérdida de la autonomía y el abandono.</b>	32
Ivica Raguž   <b>Una pequeña teología de la vejez</b>	37
Luis Baliña   <b>Envejecer como acontecimiento de la misericordia</b>	53
Matías de Martini   <b>El desafío de una mirada positiva sobre la vejez</b>	58
María Isolina Dabove   <b>Derecho de la vejez. Principios y alcance</b>	66
Grégori Solari   <b>La Presencia, la Palabra y el mal de Alzheimer</b>	74
<b>PERSPECTIVAS:</b>	
Alberto Espezel   <b>Resurrección y teología actual</b>	80

# Un momento de verdad

—  
Andrés Vingt-Trois \*

El envejecimiento es un aspecto importante pero poco tenido en cuenta en el funcionamiento social. El lugar de la persona en la sociedad está dictado esencialmente por su capacidad de producción y de consumo. Cuando se sale del sistema de producción, en el momento de la jubilación, se entra en un terreno indefinido. Y cuando un poco más tarde salimos progresivamente del sistema de consumo, porque ya no tenemos los medios y las necesidades disminuyen, o en todo caso cambian, nos transformamos en un elemento neutro o, peor todavía, en un estorbo, porque nos volvemos inútiles y caros. Es por eso que no es extraño que las personas ancianas se sientan en mayor o en menor medida al margen de la sociedad.

## *El tiempo del cuestionamiento radical*

El paso hacia la jubilación es, en cierta manera, una prueba de verdad. Hasta ahora nos sostenía la idea de que éramos alguien en la medida en que hacíamos algo, pues la actividad nos permitía ser reconocidos como importantes. Entonces descubrimos que hay actividades que ya no podemos hacer más, mientras que el mundo alrededor nuestro continúa atareado. Es necesario buscar, identificar y poner en práctica las potencialidades que tenemos fuera de la productividad y el compromiso profesional. Me parece que es un momento de verdad, porque la pregunta que tenemos que hacernos a nosotros mismos y que no podemos esquivar es: “¿eres solamente lo que haces, o eres *más* que lo que haces?”.

Es un momento de verdad, porque estamos obligados a cuestionarnos como no lo hemos hecho antes. Debemos revisar nuestros criterios sobre lo que es la vida –no la vida en general, sino nuestra vida presente–: “Si hoy no hice nada, o lo que hecho es solamente satisfacer mis necesidades inmediatas y dejar que los ruidos del mundo lleguen hasta mí sin que me pidan nada personalmente, ¿es que mi jornada ha sido perdida?”. Es probable que algunos cuestionamientos sobre el pasado y algunas comparaciones puedan llegar al espíritu: “¿qué valor tuve a los ojos de los otros en mi profesión? Y yo mismo, ¿me intereso por los otros? ¿Qué necesidad tengo de los demás ?

---

\* Arzobispo emérito de París. Nació en 1942, fue ordenado presbítero en 1969 y obispo en 1988.

¿Cómo vivo esto ahora? ¿Qué ha cambiado?”. Es todo un camino que se clarifica poco a poco.

No se trata solamente del lugar en la sociedad y las relaciones con los otros, sino también de la relación con las cosas, los objetos. En la vida activa siempre tuvimos necesidad de ellos y no teníamos el tiempo de pensar sobre su sentido. Cuando no trabajamos más, las necesidades no son las mismas. ¿Es esto debido a la cesación de la actividad, o porque nos damos cuenta de que no usamos ciertas cosas simplemente porque ellas no son necesarias para vivir? Una de las verdades a las cuales nos enfrenta la jubilación es la manera en que utilizamos y evaluamos las cosas de este mundo. Hay algunas que no necesitamos más, y otras a las cuales seguimos apegados, muchas veces por razones sentimentales. Pero llega siempre un momento en donde hay que decirse: “Ya no necesito de tal o cual cosa”.

Por mi parte tuve la suerte de mudarme numerosas veces. En cada ocasión pude darme cuenta de que la cuestión no era: “¿podré llevarme todo?”, sino mas bien: “¿qué es lo que no necesito guardar?”. Es un buen modo de despojarse. Por ejemplo he llevado conmigo durante largo tiempo una biblioteca de roble macizo. Finalmente la dejé en Tours. Cuando salí de la residencia del arzobispado de París, me fui solo con algunos libros, dejando la mayoría al servicio de los demás.

### *La hora de la decisión*

Este momento de verdad de la vida tiene una virtud espiritual: los pretextos para ir hasta el fin de nuestra reflexión se desvanecen uno tras otro. Nos esforzamos mucho en este mundo, sobre todo en la etapa adulta. Sin embargo, en todo lo que emprendemos, mismo en los compromisos no profesionales, hay bastantes “entretenimientos” que nos impiden buscar cuál es el sentido y la finalidad de la vida humana.

Cuando se llega a la edad de la jubilación, una pregunta surge de manera más incisiva: es la pregunta sobre la decisión de nuestra respuesta al llamado de Dios, sea cual sea la forma que ella tome. Tomamos consciencia de que el tiempo que nos es dado para usar nuestra libertad no es infinito. El desafío es no contentarse con lamentarse sobre lo que hemos hecho o no, o sobre lo que deberíamos haber hecho, e imaginar que podemos “regularizar nuestra situación”. Se trata de preguntarse, antes de ya no estar en condiciones de hacerlo: ¿soy capaz de dar gracias a Dios, de tarde y de mañana, de agradecerle por el día que he vivido?, ¿deseo ponerme a su escucha durante toda la jornada que comienza?

Lo que importa es sentir cómo Dios actúa aun en los límites debido al envejecimiento, que se hacen perceptibles cuando comienza el proceso irreversible que culmina con la defunción. La experiencia de la disminución, del debilitamiento es una oportunidad para discernir el hecho de que Dios no obra solamente en la fuerza, de la que el hombre puede disfrutar, sino también en su debilitamiento, y que paradójicamente lo hace de manera sorprendente y más radicalmente eficaz. El desafío es dejarse unir por el Espíritu al Hijo, que resucitó porque coloca a disposición del Padre todo lo que recibe de él y cumple así su voluntad de compartir su vida de don de sí, más fuerte que la muerte.

Cuando ya no somos arrastrados por el torbellino de proyectos y realizaciones, sino que, al contrario, bajamos por una pendiente de reducción de actividades, esta disminución puede ser literalmente convertida e invertida nuevamente en el dinamismo de la misión de la Iglesia, experimentando y testimoniando que la omnipotencia de Dios se revela y obra en el despojamiento.

### *Envejecer hoy*

Todo esto toma hoy en día una forma particular y sin duda inédita, en la medida en que la esperanza de vida aumenta. Antes, se trabajaba muy duro, sin vacaciones, y se comenzaba muy joven. Los que se jubilaban debido a algún problema que les impedía continuar su labor, generalmente no sacaban provecho de su jubilación por mucho tiempo. Sus sucesores mejoraron poco a poco sus condiciones, gracias a los progresos de la higiene y de la medicina, y gracias también a los avances técnicos que permiten hacer menos horas y horas menos arduas. El resultado es que, independientemente de los aspectos económicos y espirituales, podemos percibir algunas novedades ligadas al acceso cada vez más frecuente a la edad avanzada y hasta muy avanzada.

Pareciera primeramente que entre los “seniors” o los “ancianos”, las diferencias sociales tienden a desaparecer. A pesar de las diferencias de “clases sociales”, el envejecimiento produce muchas veces una comunidad de situación: una solidaridad o una complicidad, en todo caso una proximidad, tal vez debido al marginamiento y al hecho de haber sido contemporáneos de los mismos grandes acontecimientos y de las mismas mutaciones.

Se percibe también, en las personas cada vez más numerosas que envejecen, una focalización de la memoria (cuando ella se puede expresar) en ciertas experiencias del pasado. Son acontecimientos, que aun sin que ellos se dieran cuenta en su momento, los han finalmente marcado y han modelado su personalidad hasta el punto que cuando vuelven a ellos se olvidan del resto –hasta

del presente. En cada caso aquí se manifiesta una parte íntima de verdad.

Existe también una evolución en la manera de acompañar este proceso. Antes de la Segunda Guerra mundial, la mayoría de la gente vivía en el campo, con un sistema de relaciones más denso y directo que lo que conocemos en nuestras ciudades. No había teléfonos o bien solamente uno para todo el pueblo. La ayuda entre los vecinos y la organización familiar, con varias generaciones viviendo bajo el mismo techo, eran más desarrolladas. En nuestros días, la asistencia se ha profesionalizado e interviene de un modo administrativo, sin duda materialmente más eficaz pero más impersonal.

Es lo que se puede verificar en los “establecimientos de hospedaje para personas ancianas dependientes” (EHPAD). Las condiciones de admisión en estas casas medicalizadas se endurecieron durante estos últimos veinte años. Para entrar, hay que ser verdaderamente incapaz de quedarse en su casa y necesitar cuidados regulares e intensivos. Solamente pueden vivir allí personas completamente dependientes, lo que pesa considerablemente sobre el ambiente. Cuando hay algunos pensionistas que pueden salir, volver, hablar de lo que vieron, escucharon e hicieron, ellos aportan una calidad de vida que ya no pueden tener personas que poseen cualidades relacionales reducidas, sobre todo si son cada vez menos solicitadas.

### *Y la familia*

La perspectiva de la dependencia y del aislamiento que ésta conlleva inquieta a los que temen ser “ubicados” en una institución especializada, separándolos de todo antes de desaparecer. Esta ansiedad está muchas veces ligada a un sentimiento de responsabilidad con las generaciones que siguen. Si algo anda mal con los hijos o los nietos, cuando un matrimonio no funciona, cuando un hogar se deshace, o cuando los jóvenes están tironeados y dispersados, los abuelos quedan como los últimos testigos de lo que ya no funciona. Algunos se preguntan: ¿qué pueden, qué deben hacer? Muchas veces ellos quisieran ser como una corte de apelación afectiva, por lo menos para aquellos a los que se podría aún ayudar.

Pero esta disponibilidad requiere una forma de renuncia. Porque ya no tienen sobre sus hijos adultos la autoridad que tenían en el tiempo de la educación. A ellos les llegó la hora de ser padres, y son ellos los primeros e irremplazables responsables de sus propios hijos. Los abuelos que intentan responder a las necesidades de sus descendientes son conducidos a una cierta ascesis, porque no pueden comportarse como si fueran siempre lo que fueron. Para ser una ayuda sin imponerse se requiere lo que podríamos llamar una conversión.

Al mismo tiempo, está la deuda que los hijos son conscientes de tener con sus padres. Las situaciones son muy diferentes según la autonomía del padre o la madre anciano, según esté solo o no, y según las capacidades de su cónyuge cuando aún está presente. Esto también exige a los más jóvenes un trabajo sobre ellos mismos. Tendemos a estimar que la calidad de toda relación depende de lo que hacemos juntos. No se puede hacer mucho con alguien que está encerrado en un geriátrico. La conversación es difícil. Tenemos la impresión de que no hay más comunicación. Es entonces que hay que interrogarse, buscar y descubrir lo que no cesa de ligarnos aun cuando ya no se puede compartir. Es un momento de verdad, tanto para el que visita como para el anciano.<sup>1</sup>

Si esto vale para la relación entre los padres que declinan y sus hijos en plena flor de la edad, también se puede aplicar más ampliamente a todos: la manera como el envejecimiento es acogido, tratado y vivido es reveladora de lo que fundamenta la sociedad y de aquello que la anima más profundamente que lo inmediato y lo planificable. Es una prueba de verdad.

*Traducción: Andrés Di Cío*

---

<sup>1</sup> Sobre la responsabilidad de los abuelos en relación a sus hijos y sus nietos y sobre el acompañamiento de padres ancianos, ver el libro del Cardenal Vingt-Trois: *La Famille, un bonheur à construire* (La familia, una felicidad para construir), Parole et Silence, p. 147-153.